

res se presentaban en la lid al lado de austriacos y belgas y franceses y hasta de surianos de la Unión americana.

“La República, decía un escritor de la época, no debe á los Estados Unidos ni una espada, ni un cápsul que no haya comprado á gran costo, y esto cuando, restablecida la paz entre los confederados y los federales del Norte, quedó permitida la venta de armamentos.”¹

La primera columna de los vencedores fué destinada á recoger heridos, enterrar cadáveres y conducir prisioneros á Camargo, en cuya población, así como en las demás del tránsito, recibieron buen trato y testimonios de conmiseración: muchos de esos aprehendidos en Santa Gertrudis, fueron puestos en libertad, y canjeados otros de los de categoría.

Destruída la división de Olvera, fué preciso volver sobre la columna que había quedado encerrada, como se recordará, en Cerralvo, destacando en su contra dos divisiones, una de infantería al mando de Rocha, y otra de caballería al de Treviño; mas el jefe francés que la mandaba, sabedor del desastre ruidoso de su colega Olvera, retrocedió violentamente á Monterrey, en donde entró el 28 del referido mes, hostilizado por las caballerías de los republicanos, pero sin que el grueso de la fuerza de éstos hubiera logrado darle alcance.

Los recursos del convoy, pagados dobles derechos que por la ley estaban asignados, única condición impuesta por el magnánimo vencedor, sirvieron para equipar convenientemente y por vez primera á las tropas; para establecer los hospitales de sangre, dotándolos de los elementos más precisos, y para la compra de armas y municiones tan necesarias en aquellos momentos en que sobreexitado en alto grado el espíritu público, se trataba á toda costa de combatir y expulsar al invasor.

Pero si bajo este concepto los resultados del triunfo eran grandiosos, lo eran mucho más juzgados desde el punto de vista de la moral, de la honradez y de la conveniencia pública. Una victoria más ó menos podía juzgarse por los imperiales como insignificante, atendiendo al numeroso ejército francés que ocupaba todavía una buena parte del país, y que en los azares de la guerra podía tomar un desquite; el triunfo de Santa Gertrudis fué notable no por la pérdida de hombres

¹ Juan de Dios Arias.—Reseña del cuerpo de ejército del Norte.—Página 67.

y dinero, sino por el acto de justificación que la coronó dignamente, devolviendo el caudillo vencedor las mercancías á sus legítimos dueños (con excepción de las que pertenecían á traidores, y que debían quedar, según los usos y prácticas establecidos en las naciones cultas, como botín de guerra), poniendo con ello de relieve la falsedad con que los enemigos se producían al sostener con punible empeño, que los republicanos eran bandidos, enemigos del orden, destructores de toda propiedad é incapaces, por lo tanto, de ofrecer garantías de paz y seguridad.

La jornada de Santa Gertrudis, debilitando física y moralmente á los imperialistas, é imponiéndoles serio temor, trajo consigo la rendición inmediata del Puerto de Matamoros, cuyo jefe Don Tomás Mejía, que lo había defendido con tanto tesón, y el único que por su valor fué considerado por los franceses, celebró una capitulación con el General Don Antonio Carbajal, ¹ nombrado Gobernador y Comandante Militar de Tamaulipas, entregando la plaza el 23 de Junio, en la que dejó 43 piezas de artillería, y embarcándose con el resto de su fuerza para Veracruz.²

Entretanto, los franceses y sus aliados se habían retirado á S. Luis Potosí, y entonces pudo ya Escobedo poner en práctica los elementos que tenía adquiridos por su influjo, y emprender en vasta escala sus operaciones, dirigiéndose, in continenti, hacia el Interior de la República, á cuyo efecto destacó á Treviño sobre el expresado San Luis, con 2,500 hombres y 1500 fusiles más, para que aumentase su fuerza,

¹ Esta capitulación no fué aprobada por el Gobierno del Sr. Juárez, ni por el General Escobedo.

² Con motivo de la derrota de Olvera y de la evacuación de Matamoros, Maximiliano que se hallaba en Cuernavaca, punto adonde se retiraba para distraerse un tanto de las graves complicaciones de su Gobierno, escribió el 24 de Junio una carta al Mariscal, en que le decía:

“La noticia de la destrucción casi completa de la división Mejía, ha venido á sorprenderme y á afectarme dolorosamente. En estas valientes tropas fundaba una parte de mis esperanzas para el porvenir. Por otra parte, era necesario para aliviar nuestro tesoro, volver á establecer las comunicaciones entre Matamoros y Monterrey; pero tengo confianza en las medidas que os sugiera vuestra alta experiencia, y os suplico me aviséis el plan de campaña que hay que seguir para reparar la desgracia que acaba de herirnos, y hacer volver al orden los Departamentos rebeldes.”

¡Cuántas ilusiones se hacía el Archiduque respecto de una situación enteramente perdida y á la que en su fatal optimismo creía poder dominar!

y envió recursos de armas y tropa, parque y vestuario, en proporción á las necesidades locales, á los Estados de Durango, Chihuahua, Nuevo León, Aguascalientes, Tamaulipas y Coahuila; y al desprenderse de Matamoros, por la última vez, en Noviembre de 1866, llevó consigo un gran convoy de 160 carros, con 4,000 armas y demás útiles de guerra para el equipo de un ejército; y después mandó construir, sólo en Monterrey, 10,000 uniformes de paño y otro número igual de lienzo.¹

Al Gobierno Supremo de la Nación, cuyo personal abnegado y patriota vivía en una penuria completa, pudo atenderlo con una cantidad de 45 mil pesos que había podido economizar en medio de tan crecidos gastos como había que hacer para poner al ejército del Norte en aptitud de continuar la campaña, y de obtener los brillantes triunfos que le reservaba el porvenir, según veremos después.

1 El año de 1866 se presentaba propicio en alto grado para la causa republicana; la rendición de Oaxaca en Febrero de 1865 marcó, puede decirse, el punto culminante del apogeo de la expedición francesa, pues allí pereció el ejército reorganizado por el General Díaz, como antes había desaparecido la división de Guanajuato en el combate de Matehuala mandada por Doblado; las de Durango y Zacatecas, á las órdenes de González Ortega en la derrota de Majoma; y la de Chihuahua al mando del General Negrete en la funesta retirada de la formidable posición de la Angostura.

Estos fueron días y fechas horribles para la patria; pero había pasado como dice un célebre escritor, el *Año Terrible* (1864), y venían, el 1865, considerado como de reorganización militar, en que las guerrillas volvían á constituirse en ejércitos, y el 1866, considerado como de la ravanca; y en efecto, una ojeada rápida á la acción militar corroborará nuestro aserto.

Reveses y triunfos se habían sucedido con maravillosa rapidez: la funesta y bárbara ley de 3 de Octubre había arrastrado al patíbulo, entre otras víctimas ilustres, á Arteaga y Salazar, fusilados en Uruapan; sin embargo, Escobedo, salido de Oaxaca antes de la rendición de esta plaza, al frente de las fuerzas que estaba organizando en la Frontera del Norte, hacía brillantes correrías por varias poblaciones importantes de los Estados de Nuevo León y San Luis Potosí; y Régules el incansable, cuyo ejército renacía cual otro Fénix, de sus propias cenizas, obtenía un brillante triunfo en Tacámbaro, haciendo prisionera á una gran parte de la Legión belga.

Treviño, al frente de un puñado de valientes hizo una marcha arriesgada y admirable, atravesando una gran parte del litoral, entre los numerosos destacamentos franceses, desde Oaxaca hasta Nuevo León, y llevando á Escobedo el valioso contingente de su valor y relevantes dotes militares.

En la Costa de Sotavento, el General D. Alejandro García, en jefe de la Línea de Oriente, durante el cautiverio del General Díaz, hacía una resistencia heroica, rechazando al invasor en una larga serie de combates encarnizados; el intrépido y malogrado Rosales obte-

El Estado de Zacatecas, fiel á sus tradiciones republicanas, empezaba su movimiento insurreccional. El 19 de Enero, García de la Cadena se pronunció por la causa nacional, y al frente de 1,500 hombres que reunió en pocos días, ocupó á Nochistlán y Teocaltiche, estableciéndose en los valles de Jerez y Juchipila, donde pudo mantenerse, á despecho de los ataques emprendidos en su contra por las columnas francesas y las guardias rurales.

El 11 del mismo mes atacó el coronel Méndez, que operaba en Tamaulipas, el punto de Chamal; pero obligado á retirarse, cayó de improviso sobre Tantoyuquita, en cuyo ataque pereció, sustituyéndolo en el mando el General D. Juan José de la Garza, tan conocido como patriota y liberal.

Acapulco fué de nuevo ocupado el 11 de Agosto por 400 hombres

nía la espléndida victoria de San Pedro, á la que siguieron, entre otras, las de Sta. Isabel, la Coronilla y la para siempre memorable de Santa Gertrudis, que puso de relieve los talentos militares de Escobedo, no menos que su decisión y arrojo; victoria que trajo, entre otras inapreciables ventajas, la ocupación del importante Puerto de Matamoros, que privaba á los invasores de pingües recursos que deberían percibir, según la Convención de 30 de Julio de 1866, y que proporcionó, además, á este valiente caudillo, el poder dar una brillante y competente organización á su ejército, que más tarde, y de etapa en etapa, había de venir á plantar el estandarte glorioso de la República, sobre la tienda del Archiduque, en el histórico Cerro de las Campanas.

A la vez, la reacción republicana se acentuaba de manera admirable y fecunda en el heroico Estado de Puebla. En su histórica Capital, en esa ciudad que Zaragoza inmortalizó con sus hazañas, un grupo de ciudadanos de lo más selecto de aquella sociedad, estableció un Directorio que mucho contribuyó al triunfo de la causa nacional.

En esa reunión, que contaba entre sus afiliados personas notables por su patriotismo é ilustración, figuraban el ilustre orador Zamacona, honra de la tribuna nacional; el distinguido Magistrado Bautista, y los inteligentes y entusiastas abogados Emilio Alvarez, José de Jesús López, Carlos Baez, Miguel Serrano, Eduardo Gallardo y algunas otras personas notables de la localidad, ávidas de contribuir al triunfo de la República.

Estos ciudadanos fueron de pronto objeto de la saña de las autoridades imperialistas: se les declaró una guerra sin tregua ni cuartel, comenzando por perseguírseles de manera activa, que impidió de pronto el que pudieran celebrar sus juntas, para acordar planes y combinaciones, y un poco más adelante dió por resultado que casi todos ellos se lanzaran al campo de batalla, incorporándose algunos al Gobierno Constitucional del Estado que á la sazón residía en la Villa de Libres, y los demás al ejército de Oriente, que en esos días, al principiar el año 1867, se aproximaba á Puebla, á las órdenes del bizarro General Díaz, que había de ornar al poco tiempo su frente con los lauros obtenidos el memorable 2 de Abril de 1867.

Era Gobernador el distinguido ciudadano Rafael J. García, quien habiéndose señalado de manera notable por sus ideas altamente liberales y republicanas en su popular periód-

de tropa imperialista, que al mando de Oronoz condujeron de Manzanillo los buques *Victoria* y *Lucifer*. La ciudad estaba casi abandonada, refugiándose sus habitantes en el interior de ese Estado, tan decidido por la santa causa de la Independencia.

En Michoacán, no obstante el desastre de Santa Ana Amatlán, la lucha seguía más activa y encarnizada, pues el 12 de Octubre, mientras Méndez marchaba sobre el malogrado Arteaga, Riva Palacio estuvo á punto de tomar la ciudad de Morelia. Régules substituyó á la noble víctima de Uruapan, y continuó la campaña en esa parte tan importante del territorio mexicano, librando combates casi diariamente, de lo cual son una prueba, entre otras, la acción de la Palma en Enero, la de la Magdalena en Febrero, y la de Tengenchó en Marzo.

Méndez, que perseguía con sin igual encono y actividad á los defensores de la República, aseguraba siempre en sus partes oficiales, haber derrotado á las fuerzas enemigas en número considerable, las que dejaban el campo sembrado de cadáveres y un gran número de heridos y prisioneros, armas y demás pertrechos de guerra en poder

co, "La Idea Liberal," fué sometido á juicio, multado y aprisionado, según lo hemos dicho extensamente en otra parte de este tomo.

Un poco después, nombrado por el Sr. Juárez para el desempeño del alto puesto que ocupaba, no se excusó de servirlo, marchando desde luego á establecer su Gobierno á la Sierra del Estado, de donde volvió triunfante á la ciudad de Puebla, en virtud del notable hecho de armas del 2 de Abril de 1867, que conmemora la Nación tan entusiastamente.

El Licenciado Alvarez obtuvo varias comisiones delicadas, que se rozaban íntimamente con las graves cuestiones de la guerra, siendo una de esas comisiones la que se detalla en la siguiente nota:

"República mexicana.—Gobierno del Estado libre y soberano de Puebla.

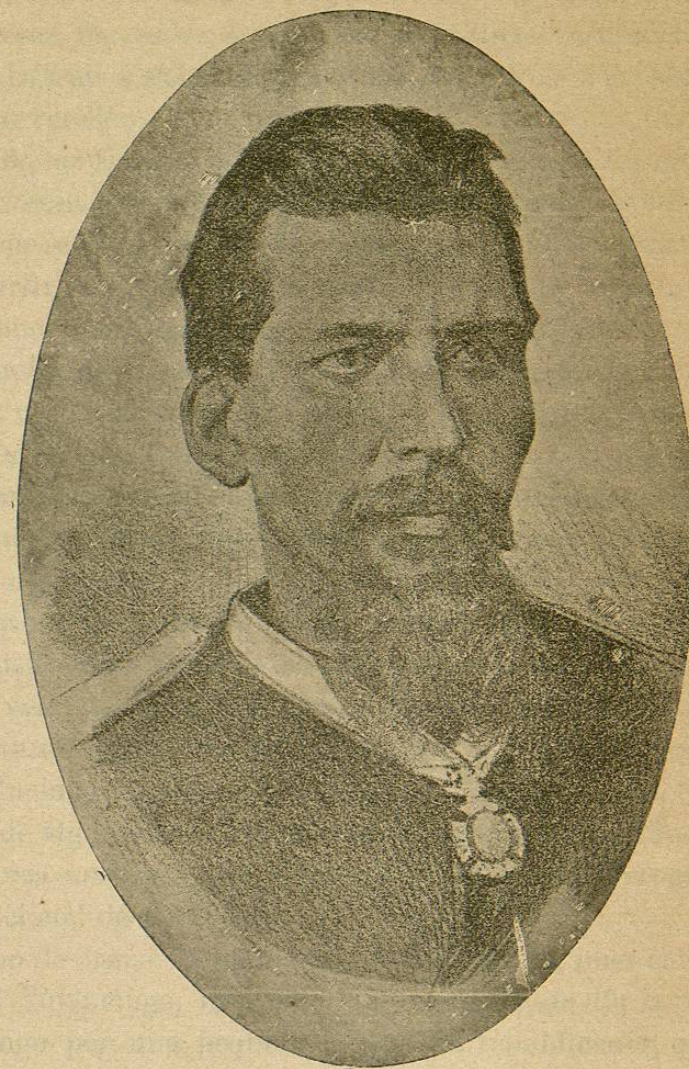
"Tengo el honor de remitir á Ud. en pliego separado, las instrucciones necesarias para proporcionar recursos con que sostener á las fuerzas republicanas del Estado.

"El C. Licenciado José de Jesús López, tenía esta misma comisión, pero obligado por las circunstancias á separarse de esa ciudad, quedaría aquella sin efecto alguno, privando á los buenos patriotas de esa Capital de la ocasión de manifestar su patriotismo, así como á los soldados de los auxilios que necesitan para terminar la lucha.

"El Gobierno, que conoce perfectamente los sentimientos de Ud., no duda ni un momento de que aceptará y desempeñará debidamente esta comisión, difícil en verdad, pero meritoria y digna de un buen hijo de México.

"Protesto á Ud. mi aprecio distinguido.

"Patria y libertad. Villa de Libres, 13 de Febrero de 1867.—*R. J. García*. Rúbrica.—*C. Lic. Emilio Alvarez*.—Puebla.



Méndez